

para ser un buen marido. ¿Puedo contar con la mano de su hija?

—Tómala—respondió el estanquero,—que bien la has ganado; y no olvides en adelante que es bueno el trabajo santificado por nuestro Señor Jesucristo, pero mejores son aún las virtudes, porque no sólo de pan vive el hombre.

MARIANO TIRADO

Filosofía de los pueblos orientales

EL EGIPTO

Alabados fueron los egipcios desde la más remota antigüedad por su sabiduría, la cual se remonta a tiempos anteriores a Moisés, (siglo XVII a. C), quien, según la Biblia, fue instruído en las ciencias y las artes de los egipcios. A ellos atribuye Platón la invención de las matemáticas y particularmente la geometría. Efectivamente, el país sufre las inundaciones periódicas del Nilo, que borraba los lindes de los terrenos, y esto hizo necesario el *arte de medir* las tierras.

Cicerón dice: *Aegyptii et Babilonii, in camporum patentium aequoribus habitantes, cum ex terra nihil emineret quod contemplationi coeli officere posset, omnem curam in siderum cognitione possuerunt*. (De divinatione). (1).

Las revelaciones científicas que algunos modernos han creído descubrir en la Gran Pirámide, confirman la opinión de los antiguos acerca de los grandes conocimientos astronómicos y matemáticos de los egipcios.

(1) Los egipcios y los babilonios, que habitaban en llanuras de campos abiertos, como de parte del suelo no sobresaliese eminencia alguna que pudiese estorbar la contemplación del cielo, cifraron todo su empeño en el conocimiento de los astros.

Fue costumbre de los filósofos griegos hacer un viaje científico a la tierra de los Faraones, algo así como el que nuestros facultativos suelen hacer a Europa.

En Egipto, lo mismo que en Oriente, la filosofía se halla involucrada en la religión, lo que hace muy difícil separarlas; mas en Egipto la dificultad crece de punto, porque allí las doctrinas filosófico-religiosas afectaban dos formas: la una, abierta para todos, popular (*demótica*), y la otra, reservada a sólo los iniciados, sagrada (*hierática*). Además no era uno mismo el sistema religioso en los diferentes *nomos* en que estaba dividido el antiguo Egipto.

En la antigüedad egipcia es célebre *Thoth*, llamado por los griegos *Hermes Trismegisto*; según se cree a causa de su triple carácter de rey, sacerdote y filósofo. Es incierta la época de su existencia: unos le hacen anterior a Moisés, otros le ponen entre Moisés y las escuelas griegas. A juicio del eminente egiptólogo Champollion, los libros de *Hermes* son de incontrastable autenticidad.

Según historiadores antiguos como Heródoto, seguidos por algunos escritores eclesiásticos; según varias inscripciones interpretadas por Champollion, y, sobre todo, según ciertos pasajes de los libros *herméticos*, la primitiva concepción religiosa de los egipcios es el teísmo espiritualista, si bien desfigurado por desviaciones panteístas.

«Es difícil al pensamiento, se dice en los libros herméticos, concebir a Dios, y a la lengua hablar del mismo. No se puede describir con medios materiales una cosa inmaterial, y lo que es eterno, difícilmente puede aliarse con lo que está sujeto al tiempo... Lo que puede ser conocido por los sentidos, como los cuerpos visibles, puede expresarse por medio del lenguaje; lo que es

incorpóreo, invisible, inmaterial, sin forma, no puede ser conocido por nuestros sentidos. Comprendo, pues, oh *Thoth*! que Dios es inefable... No es limitado, no tiene color ni figura; es la bondad eterna e inmutable, el principio del Universo... es más fuerte que toda fuerza, más excelente que toda excelencia, superior a todo elogio, y sólo debe ser adorado con adoración silenciosa. Está escondido, porque para existir no tiene necesidad de aparecer; el tiempo se manifiesta, pero la eternidad se oculta. Considera el orden del mundo: debe tener un autor, un solo autor, porque en medio de cuerpos innumerables y de movimientos variados, se advierte un solo orden.... No hay más que un mundo, un sol, una luna, un Dios. Este es la vida de todos.... Todos existen en él, por él, bajo él, y fuera de él, no hay nada, ni dios, ni ángel, ni demonio, ni sustancia alguna; porque uno solo es Todo, y Todo no es más que uno».

Véase ahora la cosmogonía: Deseando conocer a Dios, cuenta *Thoth*, quedó arrebatado en éxtasis, y vio una lumbre y en el centro oyó una voz que decía: 'Yo soy la luz, yo el entendimiento, yo el germen del pensamiento, el Verbo esplendoroso, el hijo de Dios'. Y preguntando *Hermes* de dónde se derivaban los elementos de la naturaleza, fuéle respondido: 'de la voluntad de Dios, quien creó con su palabra otra inteligencia obradora, que es Dios fuego y Espíritu de Dios, y luego formó siete agentes que rigen el mundo material, y el hombre entre todos los animales es el dotado de inmortalidad'. Manetón, historiador del año 260, a. C., trae la siguiente cosmogonía: «*Ammon-Ra* es el principio superior, increado e invisible; *Osiris* e *Isis*, manifestaciones de sus atributos divinos; *Horus*, hijo de *Osiris* e *Isis*. Todo era agua en el principio; existió el caos; unido al Espíritu de luz formó un huevo; el Espíritu produjo a Vulcano

(*Phtah*), dios del fuego, y soplando Vulcano partió el huevo, y salió el cielo y la tierra, y de aquí Osiris e Isis, el primer hombre y la primera mujer».

El concepto primitivo de los egipcios acerca de la divinidad fue monoteísta, mas parece que este concepto se hizo cada vez más exclusivo de la clase sacerdotal. En los *misterios eleusinos* se profesaba la unidad de Dios, conforme al testimonio de Cicerón, pero aconteció que al mismo tiempo los atributos divinos eran representados en varios símbolos que encerraban ciertas verdades doctrinales, en las que fueron iniciados no pocos filósofos griegos, según se colige de las narraciones de Heródoto y del libro *De mysteriis Aegyptiorum*, atribuido al neo-platónico Jámblico. Y resultó que el pueblo acabó por divinizar los símbolos, en términos de que con el andar de los tiempos el Egipto llegó a ser la tierra clásica de la superstición. Así, la mitología egipciaca, que comienza por una triada: *Ammón*, el Sér Supremo; *Nesth*, la naturaleza, y *Kneph* o *Knuphis*, la Inteligencia, va descendiendo a divinizar los astros, los animales, las plantas y los seres inanimados: el carnero, símbolo de Ammón; el toro, símbolo de Osiris; el chacal y el perro, símbolo de Anubis; el gato, símbolo de la luna; el cocodrilo, símbolo de Tifón; el ibis, de Hermes; la serpiente, de Kneph; la palmera, del año; hasta la cebolla, que por sus capas concéntricas simbolizaba el universo.

La moral de los egipcios vale mucho más que sus doctrinas especulativas y es tal vez la que conserva mayores vestigios de la revelación primitiva. Por el *Ritual funerario*, libro sagrado del cual se han descubierto ejemplares al lado de las *momias*, sábese que entre los egipcios se prohibía la blasfemia, el engaño, el hurto, el matar a traición, las turbulencias, la crueldad

aun para con los esclavos, la embriaguez, la pereza, la envidia, la murmuración, las falsas acusaciones, el procurar el aborto, el hablar mal contra el rey o contra los padres, y, al contrario, se prescribía hacer ofrendas a la divinidad y algunas obras de misericordia, como dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

En ese y otros documentos (de la tercera y la quinta dinastías), se coloca entre las virtudes más importantes: la caridad, la benevolencia, la prudencia, la castidad, la justicia social, la clemencia, el amor al progreso intelectual. Y no sólo se inculca la moralidad externa, sino también la moralidad del pensamiento y del deseo.

Como base y sanción de la moral admitían la inmortalidad del alma y el juicio postrimero con sus correspondientes premios y castigos, aunque adulterado todo esto con la teoría de la metempsicosis, según que lo refiere Heródoto. Esta creencia puede ser considerada como una reminiscencia desfigurada del dogma de la resurrección final de los cuerpos.

Según Lenormand, la idea de la inmortalidad no se separó nunca de la de una remuneración futura. Aunque todos los cuerpos bajan al mundo infernal, al *Kerneter*, no todos estaban seguros de la resurrección (o reencarnación); era preciso no haber cometido falta grave, ni en la acción, ni con el pensamiento, según se desprende de la *psicostasia* (*ψυχοστασία*), acción de pesar el alma, escena descrita en el citado *Ritual funerario* y representada sobre no pocos sepulcros. El difunto era juzgado por Osiris acompañado por 42 asesores; su corazón era puesto en un platillo de la balanza sostenida por Horus y Anubis, en el otro se ve la imagen de la justicia; el dios Thoth anotaba el resultado. Si el difunto era convicto de faltas irremisibles, era condenado al aniquilamiento, y Horus le decapitaba. En caso contrario, po-

día ser purificado por el fuego para entrar en el *pleroma* o bienaventuranza y ser compañero de Osiris. Este juicio tenía lugar en «la sala de la doble justicia». Los malos, antes de ser destruídos, eran sometidos a mil tormentos, volvían a la tierra en forma de espíritus malignos y entraban en cuerpos de animales inmundos.

Dos ideas determinaron el culto de los muertos: la doctrina del *Ka*, «sombra o doble de un sér» y la mágica virtud de los nombres. Según la primera, todo sér viviente, ya fuese dios, hombre o animal, posee un *Ka* o «sombra», que es más real que el objeto mismo. Según la creencia popular, la existencia de una persona después de la muerte dependía de la preservación de su nombre y de la permanencia de su cadáver y de su túmulo como albergue de su *Ka*, o «sombra». De aquí el sumo cuidado que ponían los egipcios en la preparación de sus *momias*; de aquí que considerasen las casas de los vivos como meras posadas y las tumbas de los muertos como mansiones eternas.

Entre los egipcios no había castas como en la India, pero de hecho el país estaba dividido en tres clases: la sacerdotal, la militar y una tercera compuesta de los agricultores, pastores, artesanos, etc. La clase sacerdotal, para cuya admisión parece que era menester pasar por ciertas iniciaciones, era la más privilegiada, y entre ella y la militar tenían monopolizados el gobierno, los empleos y hasta la propiedad, en tanto que la otra clase llegó a estar sujeta a condiciones tan duras que recuerdan a los parias de la India.

La condición de la mujer era mejor que en los pueblos del Oriente; ella gobernaba la familia y cuidaba de la casa y la hacienda; la poligamia, esa funesta costumbre oriental, fue desconocida en los tiempos primitivos del Egipto.